

de haber permanecido mucho tiempo postado, el ejecutor se cansó de esperar, y e dijo que se levantase. Arrodillóse, y viendo ya levantada la espada, exclamó en alta voz que oyeron todos los presentes: *San Juan, estorbad este crimen*. A estas palabras el brazo del ejecutor quedó levantado como le tenia y sin ningun movimiento. Todos los espectadores principiaron á dar voces llenos de admiracion, y corrieron hácia el Santo pidiéndole que curase al que habia querido herirle. Obró este segundo milagro; mas antes obligó á este hombre á jurar que en el resto de su vida no mataria á ningun cristiano. Entonces todas aquellas tropas de bandidos le ofrecieron en agradecimiento los bueyes, los caballos y todos los demas efectos que habian robado, mas renunció á todo género de botin y pidió la libertad de los cautivos; otorgáronsele al punto juntamente con la suya (1).

Repetióse el mismo prodigio en las Galias á vista de una parte de la misma nacion, que al mando de tres de sus duques pasó los Alpes y desoló las provincias vecinas. San Hospicio vivia recluso muchos años antes cerca de Nizza, en una torre sin puerta, y allí se sustentaba con dátiles y con un poco de pan que le daban por una ventana. Durante toda la Cuaresma no probaba mas que raices de Egipto que le traian unos mercaderes. Era su vestido un cilicio sobre cadenas de hierro que le amarraban las carnes estrechamente. Habia vaticinado la próxima irrupcion de los lombardos en castigo de los pecados de sus compatriotas, y aconsejaba á todos y aun á los mismos solitarios á que se retirasen á lugares mas seguros. Diéronle crédito, y ansiaron tambien que los siguiese á donde se retiraban para tenerle en su compañía. No, les dijo,

(1) Gregor. M. lib. 3 Dialog. cap. 17.

*no temais por mí, que no me quitarán la vida*. Llegaron los lombardos poco despues, y registrando los desiertos á falta de habitaciones ordinarias que veian desiertas y abandonadas, dieron algunos de ellos con la habitacion del Santo. Inútilmente la recorrieron alrededor buscando la puerta. Su avaricia, irritada con los obstáculos, les hizo escalar los muros y rompieron por el techo de la torre. Al ver á un hombre estenuado y cargado de cadenas, le reputaron un homicida encarcelado, y él los dejó en su persuasion. Descendió entonces del techo uno de aquellos bárbaros, y empuñando su espada para pasarle la cabeza, quedó con el brazo inmóvil y estendido. Hizo Hospicio lo mismo que Sántulo, y el lombardo curado se convirtió sin dilacion: al punto se cortó los cabellos y abrazó en aquel mismo lugar la vida monástica (1).

San Hospicio hizo además otras muchas curaciones milagrosas, entre otras la de un hombre sordo y mudo, el que lo refirió á San Gregorio Turonense, que es quien lo cuenta. Pero tiempo es ya de dar á conocer este hombre, uno de los mas importantes para la Iglesia de Francia, no solo por haber sido uno de los mas virtuosos y mas sábios prelados del siglo VI, sino por haber contribuido á enriquecer mucho nuestra historia con la fecundidad de su pluma. Táchanle algunos de credulidad, y esta es sin duda una razon para examinar los testimonios en que se apoya cuando refiere muchas cosas estraordinarias; pero tambien cuando habla como testigo ocular ó como contemporáneo de una multitud infinita de personas que testifican unánimemente los sucesos mas notorios y ruidosos, y menos espuestos al peligro de la ilusion y de la sorpresa, en este caso no podemos menos de darle crédito, á no negarle temeraria-

(1) Greg. Tur. lib. 4 hist. c. 6.

mente un juicio recto ó el amor de la verdad: preocupaciones igualmente injuriosas á uno de los mayores Santos y mas grandes hombres de la Iglesia.

Habia nacido en Auvernia en 544, y descendia de una ilustre familia (1). Su padre Florencio era hermano de San Galo, obispo de Clermont, en cuya compañía se educó el jóven Gregorio, y su madre era nieta de San Gregorio, obispo de Langres. Mostró desde sus primeros años las mejores inclinaciones y una tierna piedad. Con el fin de cumplir un voto que hizo entonces hallándose enfermo, entró en el estado clerical. Muchas veces visitaba los sepulcros de los Santos, y con especialidad el de San Martin de Tours, principalmente despues que curó allí de una enfermedad muy peligrosa. Con la muerte de San Eufronio, pérdida considerable para esta Silla, recordaron todos la edificacion que allí habia dado tantas veces el sobrino de San Galo, y no pudo oirse sin admiracion el relato de una infinidad de acciones buenas que cada cual contaba de Gregorio.

Así pues, toda la ciudad unánimemente, los obispos de la provincia, el clero, la nobleza, el pueblo de la ciudad y de los lugares, le pidieron para arzobispo. Partieron al instante las personas mas ilustres para la córte del rey Sigeberto, á quien pertenecia Tours. El nacimiento y mérito de Gregorio le habian dado á conocer al rey, y además ocurrió la circunstancia de hallarse él en la córte cuando llegaron los diputados. Sorprendióle su peticion y se consternó, porque á todas sus grandes cualidades reunia una humildad sincera y una suma desconfianza de sí mismo. No omitió ruegos ni diligencias para sustraerse de un cargo que creia muy superior á sus fuerzas, y fué necesario que el rey y la reina le

(1) Vít. S. Gregor. Turon. cap. 4.

hiciesen las mas vivas instancias, procurando al mismo tiempo que inmediatamente fuese consagrado por Gil, arzobispo de Reims, recelosos de que se arrepintiese de un consentimiento casi forzado; y aun temiendo el que despues de su consagracion corriese á sepultarse en alguna soledad desconocida, le condujeron sin demora alguna á Tours, donde le recibieron con una alegría increíble el dia diez y ocho despues de la muerte de su predecesor. Tenia entonces unos treinta años.

Su primer cuidado fué conocer todas sus ovejas, y unirse en particular con la porcion de la grey destinada á santificar á los demás con la virtud del ejemplo y de la palabra. Sabia descubrir á los buenos hasta en la oscuridad de los claustros y de los desiertos, de los que consiguió conocimientos tan exactos que nos ha dejado vidas muy circunstanciadas de un gran número de ilustres solitarios de su tiempo.

Durante su episcopado ocurrió que Venant, natural de Berri, dejó á su muger en la flor de su edad, y fué á Tours á abrazar la vida religiosa bajo la direccion del abad Silvano, de quien fué sucesor. Adquirió allí celebridad por las revelaciones y el don de milagros, de los cuales obró tantos despues de su muerte en su sepulcro, conservado aun hoy dia, que hicieron dar su nombre á este monasterio, erigido despues en iglesia colegial (1).

Habia en Tours otro solitario natural de Auvernia, como el obispo, llamado Leobardo. Como vivia en una celdilla cerca de Marmoutier, fué testigo de una riña entre un monge y sus vecinos, y le causó tanto escándalo que intentó mudar de habitacion. Mas habiendo ido el obispo Gregorio á hacer oracion á Marmoutier, conforme á la piadosa costumbre que le conducia allí mu-

(1) Gregor. Turon. in vit. PP.

chas veces, y convencido Leobardo de que las ovejas, sean cuales fueren, no dan ningún paso seguro sin el consentimiento del pastor, le comunicó su resolución. Hizole conocer el santo obispo que era esta una ilusión, y después le envió unos libros de piedad cuya lectura acabó de disiparla. No es esta la única ocasión en que este director ilustrado mostró el discernimiento que tenía de los espíritus.

Habiendo salido de su retiro San Senoch, recluso cerca de Tours, para ir á visitar á sus parientes en Poitou, volvió lleno de pensamientos de vana complacencia y fuertemente tentado de presunción. El vigilante pastor, que en nada olvidaba sus deberes para con las personas de todas condiciones y estados, le hizo conocer su falta, y le corrigió tan perfectamente, que Senoch quería tomar el partido de no ver jamás á nadie; pero el prudente prelado juzgando que esta era una resolución estremada, poco conforme al espíritu de Dios, le aconsejó que solo se encerrase durante la Cuaresma y desde San Martín hasta Navidad, lo que el solitario observó exactamente, llegando de este modo á la mas eminente santidad. Era de la nación de los teifalos, pueblo bárbaro confundido con otros muchos entre las numerosas gentes que vinieron á establecerse en las Galias.

La fé y las virtudes no son exclusivo patrimonio, digámoslo así, de la mucha fama ni de la cultura natural del entendimiento. La Galia Armórica, esto es, la costa marítima del Océano, debió á unos rudos isleños muchos de sus mas ilustres obispos. Los anglo-sajones invadieron la isla llamada hasta entonces Bretaña, pues los bretones capitaneados por su príncipe Hengisto se habían refugiado en la Armórica, que era la tierra mas avanzada hácia sus costas, dándola el nombre de Bretaña. No obstante que esta trasmigración

era anterior mas de un siglo, el pueblo dotado de un carácter firme y muy adicto á sus antiguos usos, se conservaba siempre separado de los galos, tanto en costumbres como en idioma: de suerte que el segundo Concilio de Tours, tenido en 567, diferenciaba todavía los obispos bretones de los romanos ó galos. Conservando su comunicación estos extranjeros con los naturales de la Gran Bretaña, siguieron aun largo tiempo nombrando de allí sus obispos.

Contóse en este número á San Samson, obispo de Dol, en Bretaña. Había nacido en la provincia de Gales, y practicó la vida monástica bajo la dirección de San Heltrut, que se dice haber sido discípulo de San German de Auxerre, atribuyéndose también á este obispo de la Galia el establecimiento de los monasterios de la Gran Bretaña cuando hizo su segundo viaje á esta isla. Progresando Samson rápidamente en las ciencias y en la virtud, ordenóle presbítero San Dubrito, otro de los discípulos de San German, que después llegó á ser obispo de Caerleon en el país de Gales. El nuevo presbítero, después de su ordenación, pareció todavía mas humilde y mas inclinado al recogimiento. Retiróse á una isla apartada para pasar sus días en la vida eremítica; mas sacáronle de allí para hacerle abad de un monasterio que se decía haber sido también fundado por San German. Ordenáronle allí obispo por su mérito y por su virtud, que le hacían cada día mas célebre. Atravesó el mar y vino á la Galia Armórica, donde fundó muchos monasterios, y entre otros el de Dol, que en su mismo tiempo fué erigido en obispado. Llevaba delante de sí una cruz, como hacen hoy los arzobispos; método extraordinario que sin duda debió su origen al genio ó usos particulares de aquellos bretones, y que sin embargo sirvió en adelante de apoyo á los obispos de Dol para aspirar á los

derechos de metropolitanos. Pero si los gozaron sobre un fundamento tan débil, ya no les ha quedado mas que esta condecoración sin ninguna de las prerogativas que representa.

Mucha fama grangeó el episcopado á San Samson, y cuentan de él un gran número de maravillas. Tuvo por sucesor á San Maglorio, su primo hermano, educado como él bajo la disciplina de San Heltrut. Samson le había llevado á la Galia después de haberle ordenado de diácono, y en su muerte le designó por sucesor suyo. Mas después de dos ó tres años de episcopado, puso Maglorio en su lugar á Budoc su discípulo, y se retiró á un monasterio de sesenta monges que había fundado y que gobernó hasta su muerte, ocurrida en el año 575.

San Samson tenía también otro pariente llamado Maló ó Maclou, educado igualmente en un monasterio, al que ordenaron contra su voluntad obispo de Vinchester, de donde su padre había sido conde. Mostraba tanta repugnancia á los honores y distinciones, que huyó secretamente al otro lado del mar y se retiró á una pequeña isla de la Armórica para morar en compañía de un santo solitario llamado Aron. Estaba no lejos de allí en otra isla la ciudad de Aleth, célebre ya entonces por su comercio, pero casi toda pagana. Algunos cristianos fervorosos que se hallaban allí rogaron al Santo que emprendiera la conversión de sus conciudadanos, y lo verificó con tan buen éxito que apoyada su predicación con el ejemplo de las mas grandes virtudes y con el don de milagros, la mayor parte de los paganos se convirtieron y le obligaron á ser su obispo. San Maló espiró hácia fines del año 565, y la memoria de su nombre quedó tan hondamente grabada en el corazón de sus pueblos, que dieron á la ciudad el nombre de su santo pastor (1).

(1) *Vil. S. Macl. in Biblioth. Floriac.*

San Pablo, que dió el suyo á su obispado de Leon, y San Gildas, por sobrenombre el Sabio, fueron también discípulos de San Heltrut (1). El temor del episcopado obligó igualmente á Pablo á pasar á las Galias, donde encontró lo mismo de que huía. Después de morar en diferentes islas penetró hasta en la ciudad de Leon, donde la fama de sus virtudes y de sus milagros le elevó al episcopado, habiendo apelado el conde Vither, para hacersele aceptar, á la autoridad del rey Childeberto. Al cabo de veinte y cuatro años, sintiéndose debilitado con la vejez, dejó el gobierno de su iglesia, y puso sucesivamente en su lugar á dos discípulos suyos que no ocuparon la Silla sino un solo año cada uno, de modo que se vió obligado á volver á ella de nuevo. Entrególa por último once años después á otro discípulo llamado Cetomerino, y se retiró á la isla de Bas, donde rigió todavía por largo tiempo un monasterio numeroso, y murió en alta reputación de santidad. Así el Señor hace servir á la santificación de sus escogidos la concurrencia como casual de las circunstancias en que se encuentran y la singularidad de su mismo genio, con tal que su corazón sea verdaderamente de Dios.

No fué San Gildas mas que presbítero: era natural de Dumbrition en Escocia, predicó en el norte de la Gran Bretaña, y después en Irlanda, donde restableció la pureza de la fé y de la disciplina. Pasó por último á las Galias, se fijó en la parte meridional de la Armórica cerca de Vannes, y construyó el monasterio de Buis, donde vivió hasta su muerte, y el cual tomó y conserva todavía su nombre.

Deben también su institución los obispos de San-Brieu y de Treguier á dos Santos nacidos en la Gran Bretaña. San-

(1) *Bolland. ad diem 12 mart.*

Brieu no era en su principio mas que un monasterio fundado por el santo obispo Brieu, que despues de haber sido ordenado en Inglaterra pasó á las Galias, donde fundó dos monasterios, de los cuales el segundo fué erigido en Silla episcopal. La Silla de Treguier estuvo primero en Lejobia, iglesia mas antigua. San Tudval, tambien breton, pasó á ser su obispo desde abad que era del monasterio de Treguier fundado por él mismo. La Silla episcopal fué despues trasladada á este monasterio, lo cual hizo se olvidase su primer nombre. A vista de esta relacion del estado del cristianismo en la provincia de Bretaña, entonces una de las mas incultas de las Galias, y que por lo mismo hemos individualizado en cuanto lo permite el plan general de nuestra obra, se puede formar una idea de lo restante de la iglesia de Francia en el mismo tiempo.

Todos los obispos de la Bretaña estaban á la sazón, como ahora, dependientes de la metrópoli de Tours. Por el segundo Concilio de esta ciudad celebrado en 569 vemos que se prohibe ordenar en la Armórica ningún obispo, sea breton ó sea romano, sin consentimiento de este metropolitano y de sus comprovinciales (1). Echamos de ver tambien la vigilancia suma de la Iglesia acerca de la integridad de las costumbres y del honor de sus ministros. No se desdena el Concilio de descender en este punto á las mas menudas circunstancias: dispone que un obispo que sea casado, vivirá siempre acompañado de clérigos hasta en su dormitorio, y de tal modo separado de su muger, que las que la sirvan no tengan comunicacion alguna ni aun con los familiares de estos clérigos. En cuanto á los obispos que no han sido casados, no se permite habitar ninguna muger con ellos. De-

(1) *Tom. 1 Conc. Gal. p. 847.*

be tener el arcipreste en el campo un clérigo que duerma en su mismo cuarto: cuya regla se creyó tan importante, que para su observancia no se hace aprecio alguno de la incomodidad y los gastos que esto podia ocasionar; y así se prescribe que haya siete clérigos que alternen por semana.

Prohíbese á los clérigos y á los monges dormir dos en un mismo lecho, y á las mugeres la entrada en los monasterios de hombres: igualmente se prohiben de nuevo los matrimonios de religiosas, ya sea que hayan recibido el velo de manos del obispo, ó ya que solamente hayan mudado de hábito; lo cual da á entender que la profesion no se hacia de una manera espresa, sino que iba aneja al vestido, Juda que principiaba ya á desvanecerse; pues habia todavia algunas de estas religiosas que pretendian no haber tomado el hábito sino para no estar espuestas á casamientos indignos de ellas. Se dijo asimismo que las viudas no recibian la bendicion para consagrarse á Dios.

Formó tambien el Concilio sobre las ceremonias de la Religion varios reglamentos que nos enseñan que ya entonces habia imágenes y cruces sobre los altares, y que se conservaba la Eucaristía fuera del tiempo del sacrificio; pues advierten los Padres que el cuerpo de Nuestro Señor no debe colocarse sobre el altar en el orden de las imágenes, sino bajo la cruz. Establece despues y con mucha individualidad el orden y estension de la salmodia ó de los oficios para los diferentes dias y las diferentes estaciones. En el catálogo de los ayunos que se pone despues para todo el año, vemos que todavia se ayunaba el Adviento como la Cuaresma.

Ordena el mismo Concilio que cada ciudad cuide de sus pobres; cada presbitero de los del campo, y cada ciudadano de uno de ellos, de manera que no aparezcan vaga-

bundos. Trata de homicidas de los pobres á los usurpadores de los bienes eclesiásticos; y quiere que si persistieren despues de tres moniciones, se pronuncien contra ellos, estando todo el clero reunido en el coro de la iglesia, las maldiciones del Salmo ciento y ocho. Los presenta como nuevos Judas, á quienes no solo se debe excomulgar, sino tambien anatematizar; lo cual nos demuestra la diferencia del anatema de la simple excomunion, la que no comprendia esta especie de maldiciones.

Algunos años despues de este Concilio, Gontrano, rey de Orleans y de Borgoña, hizo convocar á Paris seis metropolitanos y doce obispos para acabar con la funesta desavenencia que habia entre sus dos hermanos Sigeberto, rey de Austrasia, y Chilperico, rey de Soissons; y este fué el principal objeto del cuarto Concilio de Paris. No podian escoger mejor lugar para la asamblea, pues esta ciudad era de los tres hermanos, porque habiendo muerto Chariberto, rey de Paris, cinco ó seis años antes, es decir en 567, dejando solo hijas, los reyes sus hermanos al dividir sus Estados dejaron á Paris en comun, jurando sobre las reliquias de San Martin, juramento que á la sazón era mirado como uno de los mas inviolables, que ninguno de ellos entraria en la ciudad sin el permiso de los otros dos.

No fué posible á los obispos reconciliar á los dos hermanos. El mal venia de mas lejos, y tuvo su origen en la antipatia ó celos de dos mugeres, las reinas Fredegunda y Brunequilda, ambas de estremada hermosura, ambas llenas no solo de espíritu, si que tambien de aquella elevacion de pensamientos que lejos de concentrarse en el limitado círculo de los negocios ó de las diversiones ordinarias de su sexo, no pudo ya contenerse en los diques de los Estados respectivos de sus esposos. No obstante, Brunequilda tenia pensamientos mas nobles,

miras mas elevadas por el bien público, ma grandeza de alma, digna de la sangre de los reyes de España que circulaba por sus venas, y muchas mas virtudes ó menos vicios, por confesion de los mismos autores que hoy dia se miran como sus calumniadores. Fredegunda tenia mas reserva y artificio, era mas fecunda en medios y recursos, mas emprendedora, y tanto mas segura de lograr sus intentos, cuanto ni la probidad, ni la humanidad, ni el pudor, ni el respeto á su nacimiento, que era de los mas bajos, ni finalmente miramiento alguno, fué jamás obstáculo á sus proyectos. Animado Chilperico por esta furia, acometió á los Estados de su hermano tan encarnizadamente, que con el saqueo y robo de las cosas mas sagradas, el incendio de los templos, la muerte de los clérigos y el deshonor de las vírgenes, viéronse mas afligidas las iglesias, nos dice Gregorio Turonense, que en la persecucion de Diocleciano.

Por su parte Sigeberto llevó el estrago hasta las puertas de Paris. Escribió el obispo German á la reina Brunequilda, esposa de este príncipe, pidiéndola hiciese ver que lejos de atizar el fuego de esta guerra solo trabajaba en extinguirlo; mas las representaciones no pudieron nada con una muger humillada que volvia á recobrar su superioridad. Sigeberto siguió triunfando, tomó á Paris, Ruan y casi todo el reino de Chilperico, el que se vió reducido á encerrarse en Tournai, donde le sitió el vencedor. Partió entoces San German á hablarle y le hizo esta profecía: «si no atentais á la vida de vuestro hermano, tornareis victorioso; mas moriréis miserablemente si abrigáis miras fraticidas (1).» Sigeberto despreció el aviso del cielo, y dos malvados enviados por Fredegunda le asesinaron, en tanto que los franceses de Neustria le reconocian por

(1) *Gregor. Turon. lib. 4 hist. cap. 43.*